

podia alucinarse con buenas palabras, le presentó el dia 20 un proyecto, con el carácter de definitivo; y manifestándole entonces el Sr. Cuevas que no se creia con autorizacion bastante para resolver, se retiró de Jalapa la mañana del 21 para volver á su escuadra, dando de término para recibir allí la contestacion hasta el medio dia del dia 27, bajo el concepto de que si espirado ese plazo no llegaba á sus manos tal contestacion, ó si ella no era completamente satisfactoria, romperia las hostilidades.

Estando limitadas sustancialmente las pretensiones del enviado francés en este último proyecto, á que el gobierno mexicano pagase dentro de treinta dias ochocientos mil pesos, aumentando así doscientos mil á la suma que se pedia en el *ultimatum*, para cubrir los gastos hechos por la escuadra durante el bloqueo, y á que se declararan vigentes las llamadas *declaraciones provisionales de 1827*, en cuanto á que los súbditos franceses serian tratados en México como los de la nacion mas favorecida, sin imponerles en ningun caso préstamos forzosos, ni prohibirles hacer el comercio al menudeo, debiendo servir estos mismos principios de base para los nuevos tratados que se celebraran entre la República y la Francia, cualquiera comprenderá que en el estado en que se hallaban las cosas, un gobierno algo inteligente, y medianamente celoso del interes y del honor bien entendido de la nacion, estaba en el deber de aceptar. Pero el Sr. Cuevas ne lo creyó así; y olvidándose de que por una de esas leyes inalterables que la naturaleza ha impuesto á los hombres, el débil tiene siempre que ceder algo al mas fuerte; desentendiéndose tambien de que en la situacion en que se hallaba la República, y particularmente las plazas de Vera-Cruz y Ulúa, cuyo triste estado no podia ignorar como miembro del gabinete, era una criminal imprudencia exponerse á un descalabro, por no acceder buenamente á lo que poco tiempo despues habria de concederse forzosamente, y con mayor ignominia para el gobierno y para la nacion; y desconociendo por último que el honor de ésta ya quedaba

satisfecho en cuanto era posible, por el hecho de haber resistido siete meses de bloqueo, antes que consentir en someterse al *ultimatum*, así como por haber venido un nuevo embajador de Francia á proponer un arreglo amistoso, y retirado para conseguirlo algunas de las pretensiones que contenia aquel documento; el Sr. Cuevas, dándose á conocer en esto como un muy poco hábil y entendido negociador, se negó á admitir el proyecto del contra-almirante francés, y el dia 26 dirigió á éste desde Jalapa una extensa comunicacion, que no llegó á Vera-Cruz hasta las nueve del dia siguiente, en la que le proponia un nuevo proyecto de arreglo, que diferia sustancialmente de aquel en que no habian de ser sino seiscientos mil pesos los que el gobierno debia dar, haciéndose este pago con cien mil pesos cada uno de los seis meses siguientes, y en que las *Declaraciones de 1827* no habian de servir de base para los tratados que nuevamente se celebraran entre México y Francia.

Entretanto que el Sr. Cuevas obraba de este modo en Jalapa, y se disponia á regresar á México muy satisfecho de su conducta, el contra-almirante Baudin, que despues de todo lo ocurrido en las conferencias, no esperaba un acomodamiento pacífico, luego que volvió á poner los piés en la capitana de su escuadra, comenzó á ocuparse seriamente de los preparativos para atacar el castillo de San Juan de Ulúa el mismo dia 27 que habia fijado al cerrar dichas conferencias. Ya antes de que éstas tuvieran lugar, habia practicado un doble reconocimiento del bajo en que está situada aquella fortaleza, por la parte que mira al mar, con el objeto de cerciorarse sobre la posibilidad de efectuar por allí un desembarco, pues no contento con la excursion que hizo allí el príncipe de Joinville en la noche del 3 de Noviembre, recorriendo con la gente que lo acompañaba toda aquella parte del bajo hasta el pié del glacis, fué él personalmente á hacer otra en la noche del 12, examinando, con el agua á la cintura, el bajo en toda la parte que queda hácia el mar, practicándose esta operacion las dos

veces sin que la guarnicion del fuerte les hiciera daño alguno, lo que demuestra bien la poca vigilancia que en él habia. A estos reconocimientos, se agregó otro que con el plomo hizo el dia 25 el vapor *Meteoro*, recorriendo al rededor del castillo, con la garantía de que llevaba á su bordo unos oficiales de Vera-Cruz, que habian llevado á la *Nereida* unos pliegos del ministro Cuevas. El dia 23 se trasladó la escuadra de Sacrificios á la isla Verde, para estar así mas cerca del castillo; el 25, habiendo destinado Baudin la corbeta *Fortuna* para hospital de los heridos, pidió á Rincon que se declarara neutral, á lo que contestó este jefe de conformidad, solicitando á su vez que para el mismo objeto se consideraran tambien neutrales tres casas en la ciudad, que tendrian una bandera amarilla; y por último, á las diez de la mañana del dia 27 comenzaron á moverse de la isla Verde los buques destinados para el ataque, y á tomar sus posiciones respectivas frente al castillo, remolcados por vapores.

Estos buques eran las fragatas y corbetas *Nereida*, *Efigenia*, *Gloria*, *Criolla*, *Náyade*, y *Cerceta*, los bergantines *Volteador* y *Cebra*, y las bombarderas *Cíclope* y *Vulcano*. Los primeros que se movieron, fueron las dos bombarderas, colocándose en el canal que separa el bajo de la Gallega del de la Galleguilla, y sucesivamente fueron situándose los demas al NE. y NO. del castillo, con excepcion de los dos bergantines, que debian mantenerse en movimiento, para obrar donde mas conviniera durante el ataque.

Todas estas operaciones fueron ejecutadas tranquilamente antes del medio dia, sin que por parte de la fortaleza de Ulúa se disparara un solo tiro para impedir que aquellos buques se situaran tan cómodamente donde mejor les parecia, cuyo hecho fué despues uno de los cargos que se hicieron al general Gaona, quien manifestó que no podia obrar de otra manera, ya porque segun las órdenes del gobierno no debia ser el primero en romper los fuegos, y ya porque ignorando hasta los últimos momentos si en virtud de la comunicacion del Sr. Cue-

vas habria al fin un arreglo pacífico, no juzgó prudente emprender un acto hostil de su parte, el cual seria tanto mas inútil cuanto que por el corto alcance de los cañones de aquel castillo, no podia hacer gran daño á los buques enemigos en los puestos en que se habian situado.

Durante aquellas maniobras, se mantenian á bordo de la *Nereida* los dos oficiales de marina mexicanos Valle y Diaz Miron, con quienes el general Rincon envió la contestacion del Sr. Cuevas, y que habian alcanzado aquel buque á las once y media, en los momentos que se movia ya de la isla Verde hácia el castillo. En la bahía se encontraban aquel dia el paquete inglés, una goleta de guerra americana, el bergantin *Emma* y otro bergantin belga, los cuales, al ver tales aprestos, se pasaron á Sacrificios, conduciendo el último de ellos á los franceses que residian en Vera-Cruz, y que se apresuraron á trasladarse allí, por temor de las consecuencias que sobre ellos pudiera traer el combate que iba á tener lugar (1).

Por fin, á las dos y cuarto de la tarde despachó el contraalmirante Baudin á los oficiales enviados por el general Rincon, dándoles un oficio para éste, en el que le decia, que habiendo espirado el término por él concedido, sin recibir una contestacion satisfactoria del gobierno de México, iba á comenzar las hostilidades; y en efecto, pocos minutos despues, mas de ciento cincuenta cañones y morteros rompieron el fuego sobre Ulúa, arrojando sus balas y bombas sobre esta fortaleza.

Desde aquel momento, tanto el castillo como los buques que lo rodeaban, quedaron envueltos en una espesa nube de humo por espacio de cuatro horas y media, sin escucharse mas que la horrible detonacion de las piezas de artillería que jugaban por una y otra parte, agregándose á ellas las de los baluartes de Concepcion y Santiago en la ciudad, que dispa-

(1) Hasta entonces, á pesar del bloqueo, los franceses avocindados en Vera-Cruz, no habian sufrido daño ni molestia alguna por parte de las autoridades, y únicamente habia sido expulsado el vice-cónsul Mr. Gloux, por haber publicado una carta ofensiva para la nacion.

raban tambien sus tiros sobre los buques franceses, como para manifestar así, aunque inútilmente, su deseo de tomar alguna parte en aquel combate.

Durante tan prolongado fuego, el castillo de Ulúa habia sufrido todos los estragos que muy bien pueden suponerse. Los merlones de las caras que hacian frente á los buques enemigos, así como otras obras, estaban reducidas á escombros; la mitad de las piezas de artillería que obraban sobre ellos, se hallaban desmontadas; los mejores artilleros habian muerto ó estaban heridos; y en fin, se habian agotado ya las municiones, porque para colmo de desventuras, una bala hueca habia incendiado el repuesto de la batería de San Miguel, y una bomba el de la del Caballero alto, pereciendo en estas explosiones casi toda la fuerza que habia en ambos puntos, particularmente en el segundo, del cual, hasta los cañones de la batería volaron al mar.

En medio del cuadro de desolacion que por todo esto presentaba aquella fortaleza, y que se hacia todavía mas triste por el desaliento que comenzaba á reinar en la tropa de la guarnicion, bisoña en su mayor parte, á las cinco y media de la tarde envió el general Gaona á la ciudad al capitán de fragata D. Buenaventura Araujo, para manifestar al general Rincon cuanto pasaba, y pedirle instrucciones sobre lo que debia hacer. En vista de esto, propuso Rincon á Gaona mandarle doscientos infantes, treinta quintales de pólvora y ochenta artilleros, aun cuando por la falta de éstos quedaran sin su dotacion las baterías de la plaza; pero este auxilio no llegó á dársele, por haber contestado Gaona que con él no mejoraria el estado de la fortaleza. Al mismo tiempo, aprovechándose Rincon de la presencia en Vera-Cruz del general Santa-Anna, que al oír los fuegos desde su hacienda de Manga de Clavo se habia apresurado á ir allí á ofrecer sus servicios, dispuso que pasara á Ulúa, como lo hizo á las ocho de la noche, para que examinara el verdadero estado en que se hallaba aquel punto, y le propusiera lo que podria hacerse en él.

Entretanto, temiendo el general Gaona que durante la noche intentaran los franceses hacer un desembarco, y desconfiando de que pudiera resistirlo la guarnicion, en el estado en que se hallaba, habia enviado al coronel Cela á bordo de la *Nereida*, para pedir á Mr. Baudin una suspension de hostilidades por el tiempo necesario para recoger los heridos que se hallaban entre los escombros del castillo, y en contestacion le habia enviado el contra-almirante, con dos oficiales de la armada unas proposiciones para que se le rindiera el castillo, fijándole un término corto para resolver. Estando en conferencia con estos oficiales, se presentó allí el general Santa-Anna, quien despues de recorrer toda la fortaleza, y hablar detenidamente con todos los jefes de su guarnicion, regresó á la ciudad acompañado de los coroneles Cela y Mendoza, quienes expusieron al general Rincon el triste estado que guardaba aquel punto, y despues de oír sus informes este jefe, autorizó al general Gaona para que oyendo la opinion de los jefes que tenia á sus órdenes, obrara como lo creyeran mas conveniente á su honor y al de la República.

En virtud de esta autorizacion, el general Gaona reunió inmediatamente una junta de guerra, conforme á lo que para tales casos dispone la Ordenanza militar, y habiendo sido el voto unánime de esta junta que se hiciera una capitulacion, pasaron á bordo de la *Nereida* los mismos coroneles Cela y Mendoza, y allí acordaron una que fué inmediatamente aprobada por Gaona y Baudin.

Segun lo estipulado en este convenio, que en union del acuerdo de la junta de guerra y del parte relativo del general Gaona, inserto al pié, para dar aquí una idea completa de todo lo ocurrido en aquel desgraciado suceso, antes de las dos de la tarde del dia siguiente desocuparon el castillo las tropas mexicanas, entregando antes por inventario la artillería, parque y pertrechos que existian allí, y á la misma hora fué ocupado por tropas francesas, izándose en él el pabellon de su nacion, que fué saludado con veintiun cañonazos por todos los